

Organización política y social en Teotihuacán

Erik Vance

Published in

INVESTIGACIÓN
Y CIENCIA

September 2014

Conditions & Permissions

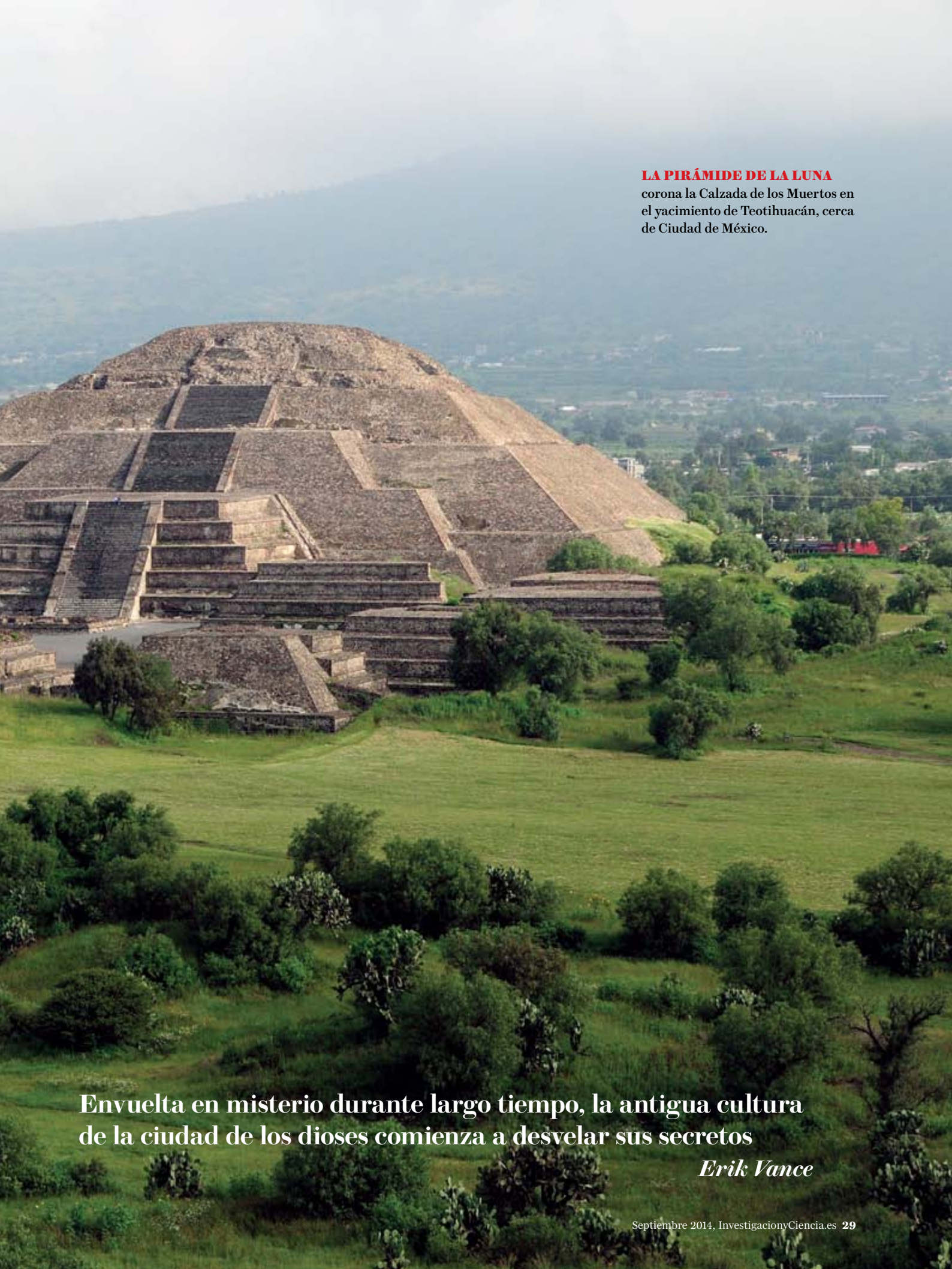
All rights reserved. Please consider that *Investigación y Ciencia* has all the rights reserved of their articles, which no part may be reproduced by any mechanical, photographic or electronic process, or in the form of a phonographic recording, nor may it be stored in a retrieval system, transmitted or otherwise copied for public or private use without written permission of the publisher.

Therefore, the article cannot be uploaded in any other web page.



ARQUEOLOGÍA

Organización política y social en Teotihuacán



LA PIRÁMIDE DE LA LUNA

corona la Calzada de los Muertos en el yacimiento de Teotihuacán, cerca de Ciudad de México.

Envuelta en misterio durante largo tiempo, la antigua cultura de la ciudad de los dioses comienza a desvelar sus secretos

Erik Vance

EN

N ALGÚN MOMENTO DEL SIGLO XIV, UN MEXICA DIRIGIÓ POR PRIMERA vez sus pasos al valle de Teotihuacán. Recién llegados a la región, los mexicas (hoy erróneamente más conocidos como aztecas) integraban un pueblo agresivo y ambicioso procedente del norte que, en poco tiempo, se convirtió en la fuerza dominante del altiplano mexicano. Conquistaron el territorio y se asentaron en la poderosa ciudad de Tenochtitlán, que pronto gobernaría un extenso imperio desde la que hoy es Ciudad de México. Imaginemos a aquel primer destacamento de hombres, audaz e invencible como la superpotencia emergente a la que pertenecían, adentrándose en un territorio verde y exuberante rodeado por suaves colinas. Guerreros que han escuchado las leyendas de las tribus toltecas sobre un lugar en las montañas, a unos 40 kilómetros de su nuevo hogar, en el que una vez habitaron los dioses. Entonces, tras un recodo, su bravuconería se torna en asombro cuando esa morada de los dioses se impone en el horizonte. Ruinas de pirámides de hasta veinte pisos —tan grandes que, en un principio, las confunden con colinas— se alinean a lo largo de una enorme calzada. Por dondequiera que los exploradores miren se extienden templos en ruinas, mercados y reliquias de una civilización largo tiempo extinta y sin nombre, sin escritura y sin historia. Una enorme ciudad antaño gloriosa hasta lo inimaginable y ahora abandonada.

Los mexicas diseñaron Tenochtitlán remedando aquella ciudad fantasma y convirtieron sus ruinas en una suerte de lugar de veraneo para la élite. Bautizaron la antigua avenida como Calzada de los Muertos y llamaron a sus dos grandes monumentos Pirámide del Sol y de la Luna, respectivamente. A la vieja ciudad la llamaron Teotihuacán: el lugar donde nacen los dioses.

Unos dos siglos más tarde, en 1521, los conquistadores españoles derrocaron al Imperio mexica. Durante cientos de años, Teotihuacán se sumió en un lento deterioro. Cuando los arqueólogos comenzaron a tomarse en serio las excavaciones, sabían tan poco como los propios mexicas sobre los constructores de la ciudad. Muchos pensaron que era un asentamiento pequeño, erigido por tribus dispersas que, después, habrían sido absorbidas por invasores. Hoy, sin embargo, los especialistas saben que Teotihuacán fue mucho más antigua e importante de lo que ninguno de los primeros estudiosos llegó a imaginar. Constituyó el corazón de un imperio inmenso, anterior a todas las civilizaciones del altiplano y cuya extensión alcanzó 1200 kilómetros. Una ciudad que rivalizó, y quizás incluso dominó, a los poderosos reinos mayas de las actuales Guatemala y Honduras.

Pero, sin textos escritos, resulta muy difícil reconstruir el modo de vida de los teotihuacanos. Tras acceder a los edificios por medio de túneles y excavar otras estructuras menores cercanas a estos, los arqueólogos han elucubrado algunas explicaciones. Conjeturan una sociedad floreciente y multiétnica, con estratos sociales acaudalados, de la que formaban parte mercaderes, comerciantes y artesanos procedentes de todas partes de México.

Sin embargo, aún mayor es nuestra ignorancia sobre el sistema político de Teotihuacán, una cuestión sobre la que han surgido dos escuelas de pensamiento. Una imagina una ciudad gobernada por un rey belicoso, indiscutido e infalible que administraba su poder con puño de hierro. La otra concibe una nación mercantil en la que varias familias rivalizaban por el poder y que, incapaces de acaparar el control supremo, practicaban un delicado juego político. Ambas teorías compiten por zanjar el debate y resolver el rompecabezas. Más allá de las divergencias, hay algo en lo que todos están de acuerdo: Teotihuacán no fue el lugar donde nacieron los dioses, sino donde los hombres los crearon con sangre y piedra para, después, dejar que se derrumbaran.

Erik Vance es periodista científico radicado en Ciudad de México.



EN SÍNTESIS

Los arqueólogos llevan décadas intentando desenmarañar los misterios de la antigua ciudad mexicana de Teotihuacán. Hasta ahora, las respuestas se han mostrado esquivas.

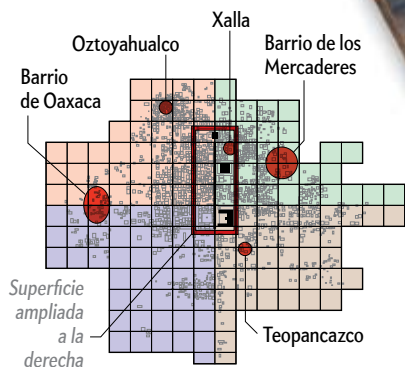
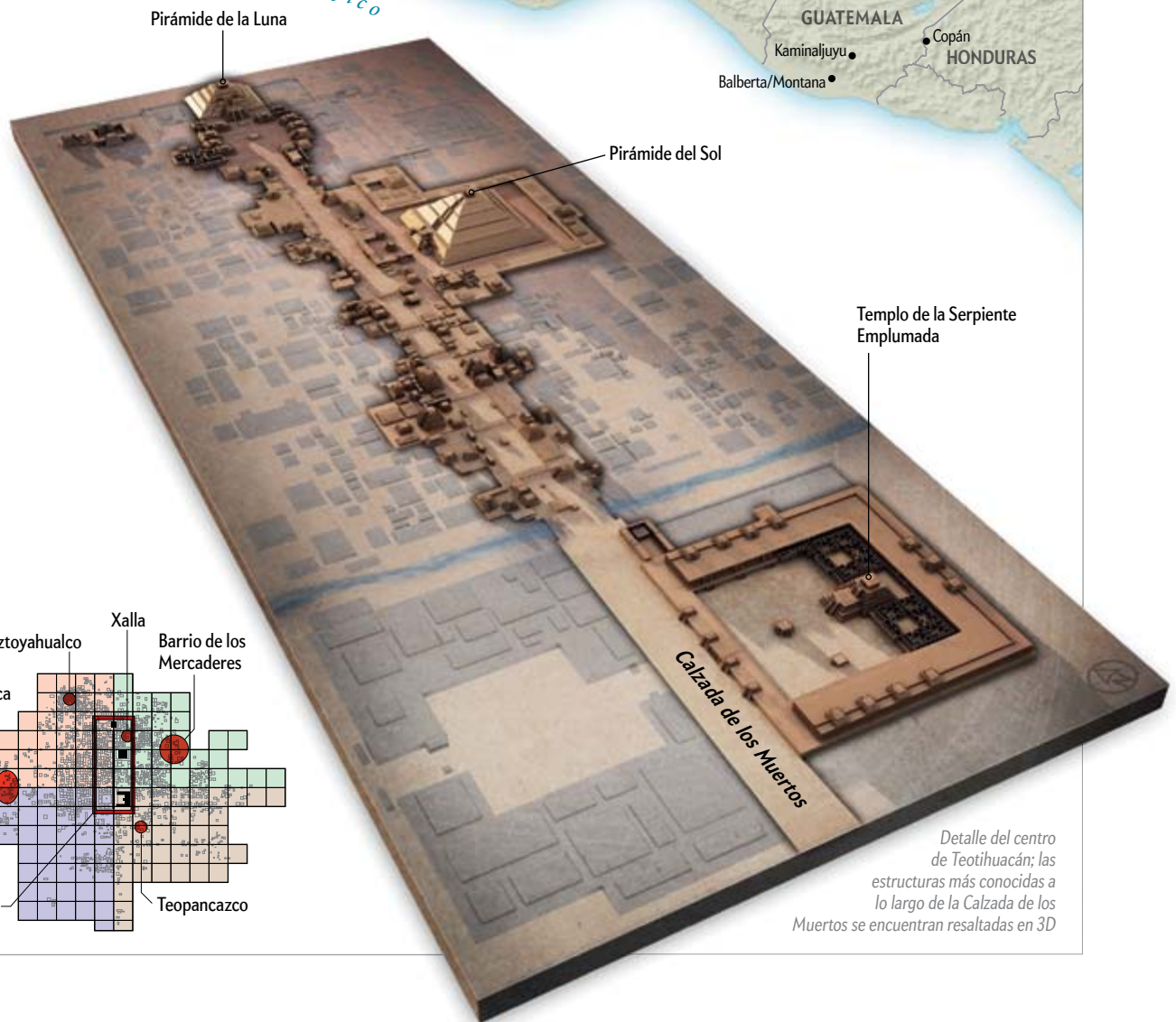
Varios descubrimientos recientes han aportado nuevas pruebas sobre la vida que llevaban sus gentes y la extensión de su imperio. Al hacerlo, se ha encendido el debate sobre su sistema político.

Una de las teorías sostiene que Teotihuacán estaba gobernado por un único rey todopoderoso; otra propone que varias familias de élite competían por el control de la ciudad.

Ciudad de dioses

Antaño considerado un asentamiento menor, hoy se sabe que la antigua ciudad de Teotihuacán constituyó el núcleo de un vasto imperio cuya influencia llegaba hasta la actual Honduras. Las excavaciones bajo los grandes monumentos del yacimiento y en estructuras cercanas menores, como las viviendas de los

teotihuacanos, han comenzado a aportar nueva información sobre esta misteriosa metrópoli. La ciudad contaba con una población diversa que vivía en barrios étnicamente diferenciados. Esta característica ha suscitado un vivo debate sobre su forma de gobierno.



Detalle del centro de Teotihuacán; las estructuras más conocidas a lo largo de la Calzada de los Muertos se encuentran resaltadas en 3D

MAPAS DE XHR PRODUCTIONS: ILUSTRACIONES DE JOSÉ MIGUEL MAYO; FUENTES: BASADO EN TRABAJOS DE RENÉ MILLON (todos los mapas); OBSIDIAN AND THE TEOTIHUACAN STATE: WEAPONRY AND RITUAL PRODUCTION AT THE MOON PYRAMID; DE DAVID M. CARBALLO, CENTRO DE ARQUEOLOGÍA COMPARADA DE LA UNIVERSIDAD DE PITTSBURGH E INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ANTROPOLÓGICAS DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO, 2011 (mapa de Mesoamérica); «CORPORATE LIFE IN APARTMENT AND BARRIO COMPOUNDS AT TEOTIHUACAN, CENTRAL MEXICO»; LINDA R. MANZANILLA EN DOMESTIC LIFE IN PREHISPANIC CAPITALS: A STUDY OF SPECIALIZATION, HIERARCHY, AND ETHNICITY, DIRIGIDO POR LINDA R. MANZANILLA Y CLAUDE CHARPELAINÉ, MUSEO DE ANTHROPOLOGÍA DE LA UNIVERSIDAD DE MICHIGÁN, 2009 (mapa localizador en miniatura)

UN REY ESCURRIDIZO

Reconstruir el sistema político de una cultura antigua no resulta tarea fácil. Supongamos que aterrizamos en Washington D.C. 1400 años después de su hundimiento e intentamos entender a sus gentes. ¿Veneraban a Abraham Lincoln? ¿Formaban un Estado militar? ¿Cuál de sus dirigentes o dioses vivía en el gran obelisco blanco? Estas son el tipo de preguntas que, desde hace treinta y cinco años, lleva haciéndose sobre Teotihuacán Saburo Sugiyama, de la Universidad de la Prefectura de Aichi, en Japón.

Tres grandes estructuras dominan el lugar: la Pirámide del Sol, la más alta; la Pirámide de la Luna, que sigue en altura y corona la Calzada de los Muertos, y, finalmente, otra aún menor y situada al mismo lado de la calzada que la Pirámide del Sol: el Templo de la Serpiente Emplumada (también conocida como Quetzalcoatl por su parecido con el dios mexica, probablemente inspirado en esta figura más antigua). A pesar de tratarse de la más pequeña de todas, numerosos expertos han sugerido que esta estructura era en realidad la más importante y la que alojaba a reyes o sacerdotes poderosos. Situada en el centro mismo de la ciudad original, consta de dos pirámides rodeadas por un complejo amurallado de poca altura.

En 1989, Sugiyama y Rubén Cabrera Castro, del Instituto Nacional de Antropología e Historia de México, desenterraron una pista clave para conocer la historia de Teotihuacán: dieciocho cuerpos tendidos cerca del templo, pertenecientes a víctimas de un sacrificio ritual. Poco después, al excavar un túnel bajo el santuario, los investigadores descubrieron algunos cuerpos más, hasta un total de cien cadáveres. Varones en su mayoría, parecían guerreros de otras tierras, lo que sugiere una sociedad marcial en la que las leyes se hacían cumplir a golpe de cuchillo de obsidiana.

Sugiyama ha concebido una idea bastante concreta del tipo de lugar que fue Teotihuacán en su apogeo. Según él, un rey habría gobernado la ciudad con puño de hierro. «Esta ciudad se creó y se materializó con autoridad. No basta con sugerir ideas y decir “compañeros, vamos a construir unos cuantos edificios”. Hay que convencer a la gente con autoridad», explica.

En un pueblo a las afueras de Teotihuacán, Sugiyama trabaja en un edificio que guarda más de dos millones de objetos encontrados durante las décadas que lleva excavando. En persona se muestra atento y reservado, y uno puede imaginarse al *hippie* trotamundos que fue en los años setenta, cuando dejó su Japón natal. Pero, cuando se trata de arqueología, es difícil encontrar a alguien más ambicioso y motivado.

En 1998, frustrado por no haber descubierto una tumba u otro indicio directo de sus reyes, Sugiyama decidió buscarlos excavando un túnel bajo la gigantesca Pirámide de la Luna. Aunque se trataba de un proyecto complicado, ofrecía el mejor modo de conocer la estructura de poder de aquella sociedad, así como un buen lugar para buscar una tumba. Como cualquier gran ciudad, Teotihuacán se construyó en etapas. Los antropólogos creen que, a partir del año 150 a.C., varios grupos se juntaron en un frondoso valle cercano y formaron una suerte de alianza. Levantaron la ciudad al azar, primero aquí y luego allá. El túnel de Sugiyama reveló que la Pirámide de la Luna fue una de las primeras grandes estructuras que se alzaron, allá por el año 100 de nuestra era.

Sin embargo, la pirámide no fue erigida de una vez. Entre 1998 y 2004, las excavaciones revelaron siete versiones previas, anidadas unas sobre otras como una matrioska. La cuarta, construida a principios del siglo III de nuestra era, según la datación por carbono, supuso un gran salto con respecto a la anterior.



LA ICONOGRAFÍA de Teotihuacán recurre con frecuencia a la serpiente emplumada (*arriba*) y al jaguar (*abajo*). Según una teoría, cuatro casas gobernaban la ciudad. La de la Serpiente Emplumada y la del Jaguar habrían sido las más poderosas.

Aquel fue un período de intenso crecimiento y, quizás, incluso el del nacimiento de un imperio.

Aunque Sugiyama aún no ha localizado a los reyes, sus hallazgos comienzan a encajar con nitidez en un relato que explica el auge de Teotihuacán como potencia. Fuera o no bajo un estandarte real, Teotihuacán fue creciendo al mismo tiempo que extendía sus tentáculos. A poco más de 700 kilómetros al sudoeste, en lo que hoy es Chiapas, se extienden las ruinas de Los Horcones, una pequeña ciudad que se desarrolló casi a la vez. A pesar de la distancia que la separa de Teotihuacán, Claudia García-Des Lauriers, arqueóloga de la Universidad Politécnica Estatal de California en Pomona que ha trabajado en el lugar, ve en él una huella indiscutible: «El hecho de que la zona de la plaza principal se diseñara para toda la colectividad, reproduciendo casi con exactitud la forma en que se baja la Calzada de los Muertos y se penetra en una gran plaza despejada, resulta muy llamativo. Es como si se estuviera tratando de invocar a Teotihuacán».

Se trata de parecidos sutiles pero llamativos para un ojo experto, asegura García-Des Lauriers. Dada su disposición y el estilo de su cerámica, Los Horcones debió ser un puesto militar o un estrecho socio comercial de Teotihuacán. Resulta muy curioso que la avenida que García-Des Lauriers sospecha que imitaba la Calzada de los Muertos no lleve a ninguna parte: se interrumpe abruptamente en una gran roca. Algo así tendría sentido si quienes habían visitado la ciudad madre intentaban recrear una versión en miniatura de ella. «En realidad, habría

sido como La Meca para las sociedades islámicas», sostiene Sugiyama. «Probablemente hubo peregrinaciones.»

En los últimos años se han descubierto ciudades parecidas por todo México. Los expertos creen que Teotihuacán controló una región mucho más extensa de lo que cabía imaginar: una zona que cubría gran parte del actual sur de México y que llegaba hasta Honduras. A medida que se extendía su dominio, artículos como piedra caliza y plumas iban llegando desde los confines de Mesoamérica. De hecho, en la selva oriental, en una zona controlada por los legendarios reyes mayas, se han hallado referencias a una misteriosa ciudad situada en las montañas del oeste. No pocos sospechan que dichas descripciones remiten a Teotihuacán, cuyo control, al parecer, llegaba incluso a la gran urbe maya de Tikal, en Guatemala. Varias pruebas halladas en Copán, otra ciudad maya en Honduras, sugieren que una persona de Teotihuacán asesinó a su rey e instauró allí su propia ley.

Según Sugiyama, semejante imperio necesitaba un rey fuerte y carismático. Hacia el año 219 de nuestra era, este habría supervisado los monumentales proyectos de construcción y habría marcado el comienzo de un imperio que duraría cinco siglos.

En la cuarta versión de la Pirámide de la Luna, Sugiyama encontró una huella de ese imperio: los restos de doce humanos —probablemente prisioneros— y más de cincuenta animales, como lobos, jaguares y águilas, dispuestos con suma meticulosidad. El conjunto parece la representación de un mito de la Creación, con un manojo de cuchillos en forma de círculo, como un reloj de sol que apunta al norte. «De nuevo, pruebas fehacientes de que existía un Estado: decapitaciones y cuchillos», sostiene. «Y, de nuevo, sin el cuerpo de un gobernante.»

En las ruinas de las antiguas ciudades mayas, casi todos los edificios importantes albergan un rey bajo los escalones frontales o en el interior de la construcción, preservado con elegancia y acompañado de vasijas de especias y piedras preciosas. Pero, hasta hoy, nadie ha descubierto algo semejante en Teotihuacán.

¿MONARQUÍA U OLIGARQUÍA?

A pesar de todo, Sugiyama sigue convencido de que Teotihuacán era una monarquía al estilo del antiguo Egipto, con un mandato divino a la cabeza y un aparato militar dedicado a mantener a raya a una ciudadanía multiétnica. Sin embargo, otros expertos proponen una teoría diferente. «Es imposible mantener una sociedad multiétnica estable si solo la gobierna una persona; los golpes de Estado se habrían sucedido una y otra vez», insiste la arqueóloga Linda R. Manzanilla, de la Universidad Nacional Autónoma de México. «Al contrario que el Imperio maya, Teotihuacán habría sido más bien una sociedad corporativa.»

A partir de sus propias excavaciones, Manzanilla sostiene que Teotihuacán no estaba gobernada por un líder supremo, sino por cuatro casas rivales. Si Sugiyama compara Teotihuacán con Egipto, la imagen que defiende Manzanilla vendría a asemejarse a la República de Roma: un Estado poderoso regido por un consejo de gobernantes. Así, los reyes de Teotihuacán habrían sido figuras decorativas controladas por las clases dirigentes. Estas pertenecerían a las cuatro casas que, en la iconografía de la ciudad, quedaban representadas por el coyote, la serpiente emplumada, el jaguar y el águila. Cada una dominaba un cuadrante de la ciudad y enviaba representantes a un edificio central de gobernación que contaba con una sección administrativa para cada una. La Serpiente Emplumada y el Jaguar habrían sido las más poderosas; por ello, los templos más ornamentados (la Pirámide del Sol y la de la Serpiente Emplumada) se alzaban en su mismo lado de la Calzada de los Muertos.

Tanto el equipo de Manzanilla como el de Sugiyama se acusan mutuamente de falta de fundamento. ¿Cómo es posible que dos personas que han dedicado décadas a investigar el mismo yacimiento lleguen a conclusiones tan distintas? En parte, puede que se deba a que cada uno ve Teotihuacán desde perspectivas muy diferentes. Mientras que Sugiyama ha dedicado su carrera a estudiar el equivalente al monumento de Washington, Manzanilla habría estado investigando el antiguo barrio residencial de la ciudad.

La imagen de Teotihuacán que defiende Manzanilla obedece a veinte años de investigaciones sobre las viviendas corrientes de la población. En los años noventa, la investigadora excavó Oztoyalhualco, un complejo de viviendas de artesanos situado al noroeste de la ciudad, en la zona controlada por la casa del Águila. A diferencia de las infraestructuras mayas, que solo contaban con un santuario, este alberga varios y de tradiciones distintas. Para Manzanilla, este carácter multiétnico es lo que define a Teotihuacán, un lugar que solo podía prosperar porque los ricos propietarios de fuera de la ciudad controlaban los corredores de comercio y bienes que alimentaban el rápido crecimiento de la metrópoli. Con tantas facciones poderosas, habría sido muy difícil para un único tirano mantener a la población a raya. Manzanilla sostiene que, hacia el año 150, cuando se fundó la ciudad, ningún grupo tenía el monopolio de los recursos, como sí ocurrió con algunos de los dirigentes mayas. Los gobernantes de Teotihuacán habrían dependido de los impuestos de las diferentes provincias para construir su imperio. Como tal, cada «accionista» haría uso de ese poder. Aquellos que controlaban los territorios más ricos, como la casa de la Serpiente Emplumada, gozarían de una influencia mayor.

Este tipo de gobierno —compartido por obligación— resultaba poco frecuente en el mundo antiguo, pero no inconcebible. No solo Roma y Grecia fueron repúblicas durante largo tiempo; también Mohenjo Daro, una antigua ciudad pakistaní del año 2000 a.C. situada en el valle del Indo, parece haber gobernado junto con Harappa, otro asentamiento. Y Tiwanaku, en Bolivia, compartió el poder con Wari, situada más al norte, hasta el año 1000 de nuestra era.

Sin embargo, una cosa es repartirse el mando con una ciudad a la que uno no puede vencer, y otra muy distinta hacer lo propio dentro de una misma urbe. Manzanilla admite que la mayoría de las civilizaciones antiguas solo tenían un gobernante. Aun así, opina que, en cualquier región, algunas culturas no tienen más remedio que experimentar con gobiernos corporativos. La prueba más poderosa a su favor, sin embargo, no se basa en nada que Manzanilla haya encontrado, sino en lo que nadie ha logrado hallar hasta ahora.

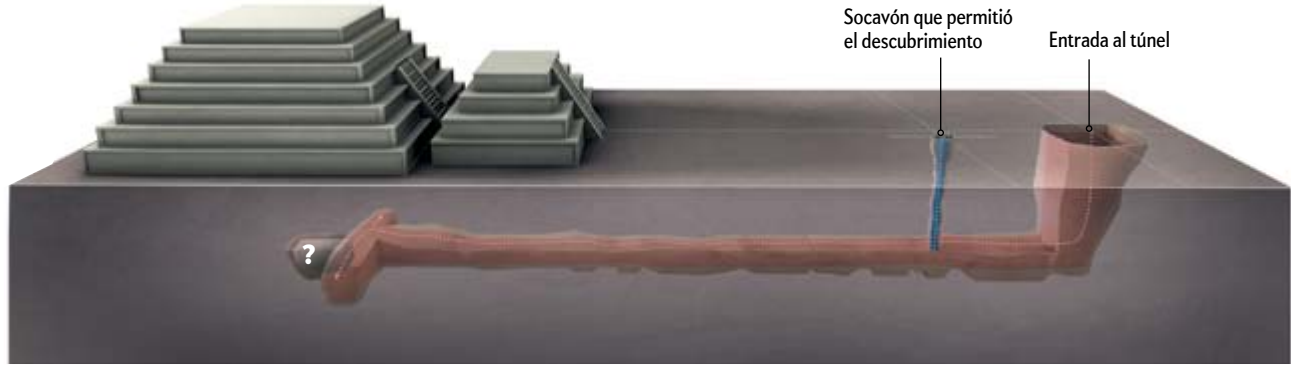
«¿Dónde está representado ese poderoso rey? ¿Dónde está enterrado? ¿Dónde está su palacio? ¿Pueden imaginar un lugar como Teotihuacán, con 125.000 personas, con un solo gobernante? Su vivienda y su tumba debieron ser extraordinarias. Sin duda. Pero no las vemos», recuerda la investigadora. «Debería estar representado en vasijas, estelas, en el trono y en los mismos palacios.»

Lo que sí ve Manzanilla es una flor de cuatro pétalos grabada por toda la ciudad. El historiador Alfredo López Austin, de la Universidad Nacional Autónoma de México, conviene en que ese símbolo bien podría representar a las cuatro casas que gobernaron la metrópoli. Al igual que Roma, el lugar habría estado plagado de intrigas y juegos de poder. A medida que Teotihuacán se expandía y su influencia se propagaba, las élites iban adquiriendo más y más control. Las zonas comerciales se

Camino hacia el inframundo

La excavación de un túnel secreto descubierto bajo el Templo de la Serpiente Emplumada ha revelado una serie de compartimentos y cámaras con varias ofrendas ceremoniales, desde máscaras y armas hasta misteriosos espejos de pirita. El arqueólogo Sergio Gómez Chávez, del Instituto Nacional de Antropología e Historia de México,

fue quien descubrió la entrada al túnel. Dentro de poco abrirá la última cámara, la de mayor tamaño, ubicada bajo el corazón del templo. La estancia está considerada la mejor candidata para albergar una posible tumba real, un hallazgo que podría zanjar el debate sobre el sistema político de la ciudad.



pavimentaron y la costosa piedra caliza comenzó a abundar por toda la ciudad. Las élites de las cuatro casas se volvieron ambiciosas y competitivas.

Hasta cierto punto, los datos respaldan esa imagen. Los expertos han hallado cada vez más pruebas de que gentes de todo México se mudaron a la ciudad, si bien conservaron su identidad étnica durante cientos de años. Del mismo modo que Nueva York tiene un Harlem español y un barrio chino, Teotihuacán ofrecía vecindarios para quienes procedían de Oaxaca hacia el sur, para los mayas y para los oriundos del corredor que conectaba con el golfo de México. Consideremos el barrio de Teopancazco, justo al sur del Templo de la Serpiente Emplumada. A principios de siglo, Manzanilla excavó la zona, dominada por las élites de la ruta comercial que se extendía hasta lo que hoy es Veracruz, al este de Ciudad de México, y cuyo símbolo la investigadora asocia a la serpiente emplumada. Con un territorio tan lucrativo, habrían controlado una enorme riqueza, lo que les habría permitido patrocinar el templo con su emblema.

El trabajo de Manzanilla ha revelado que las élites de la Serpiente Emplumada, desde Teotihuacán hasta el golfo de México, a doscientos kilómetros, comían doce especies distintas de pescado, salado y ahumado, y que decoraban su ropa con conchas del golfo. «Las élites competían entre ellas por lucir los mejores cosméticos, pigmentos, pieles, ropas de algodón, vestimenta y tocados», explica.

Donde más se manifestaba dicha competencia era en los enterramientos. Desde 2005, Manzanilla ha analizado con todo lujo de detalles varias tumbas, todas ellas magníficas, de adolescentes de la élite de Teopancazco. Los niños aparecen profusamente adornados con cinabrio, piedra verde y mica de los alrededores del imperio, entre otros materiales importados de sus regiones de origen.

Durante siglos, los ricos llevaron un estilo de vida cada vez más lujoso, construyeron palacios y los revistieron con piedras que habían de transportarse desde kilómetros de distancia. Pero ese tren de vida no podía durar para siempre. Hacia el año 350, algo se torció. Al parecer, veintinueve miembros de la élite fueron decapitados y sus cabezas adornadas de un modo que hasta ahora solo se ha encontrado en la antigua región de Veracruz.

Manzanilla sospecha que fue un ritual de «clausura», asociado a algún tipo de transformación cultural. Hacia la misma época, el Templo de la Serpiente Emplumada fue reemplazado por otro construido justo enfrente y en el que aparecían jaguares. De hecho, pocas o ninguna serpiente emplumada volverían a aparecer en la ciudad desde entonces; en opinión de Manzanilla, una señal de que las élites de Veracruz perdieron influencia.

Sin embargo, no desaparecieron. Tras aquellos acontecimientos, debió de ascender una nueva ringlera de élites cuya prosperidad, según parece, continuó en Teopancazco durante dos siglos más. Más tarde, en el año 550, Teotihuacán ardió. Nadie sabe por qué. Manzanilla explica que no hay indicios de invasión alguna. Lo que sí parece evidente es la gran brecha que separaba a ricos y pobres. El análisis de los restos humanos del yacimiento indica que buena parte de las gentes acaudaladas gozaban de buena salud. Los más necesitados, en cambio, padecían malnutrición, sufrían problemas de espalda provocados por el transporte de cargas pesadas e incluso patologías debidas a la falta de sol, tal vez como consecuencia de la sobreexplotación en los talleres. «Mi tesis es que las élites intermedias se rebelaron contra los gobernantes, que habrían intentado controlar las revueltas demasiado tarde. Esa gente tenía ya muchos intereses y alianzas en las rutas comerciales, por lo que se sublevó», apunta Manzanilla.

La investigadora cree que, después de aquello, unos contritos dirigentes dedicaron sus esfuerzos a construir viviendas en vez de templos. Un siglo después, la ciudad se desmoronaría para siempre. Para las élites, explica, esta secuencia de acontecimientos no habría significado más que empaquetar sus enseres y volver a sus lugares de origen, en los confines del imperio.

Teopancazco revela un segmento de la vida de Teotihuacán ajena a los grandes templos. Aunque también era una ciudad multicultural, no era tanto un crisol, sino más bien un mosaico. Sus culturas no estaban mezcladas, cada una mantenía su identidad y competía ferozmente con sus vecinos por el prestigio y la autoridad. Eso podría explicar por qué no existía un lenguaje escrito unificado ni imágenes de reyes, como en la civilización maya. Tales representaciones habrían supuesto inclinar demasiado la balanza hacia uno de los lados.

Con todo, el aspecto más fascinante de Teotihuacán tal vez sea que tanto la teoría de Manzanilla como la de Sugiyama podrían ser ciertas. George Cowgill, profesor emérito de la Universidad de Arizona, ha propuesto que Teotihuacán osciló entre ambos modelos, cambiando ocasionalmente cuando el gobernante adecuado se hacía con el poder. Sin embargo, ni a Manzanilla ni a Sugiyama les agrada este compromiso.

LA CÁMARA DE LOS SECRETOS

Quizá nunca sepamos a ciencia cierta quién gobernó Teotihuacán. Pero puede que Sergio Gómez Chávez, arqueólogo del Instituto Nacional de Antropología e Historia de México, halle pronto una pieza crucial del rompecabezas. El experto ha excavado en Teotihuacán durante décadas, tanto en viviendas corrientes, como las del barrio de Oaxaca, como en los grandes templos. Uno de sus proyectos consistió en excavar el sistema de drenaje del Templo de la Serpiente Emplumada. Intentaba restaurarlo para proteger su estructura de futuros daños ocasionados por el agua durante las tormentas. Aunque el antiguo sistema de drenaje funcionaba a la perfección, el arqueólogo descubrió que había sido obstruido a propósito con cincuenta cuerpos humanos a los que les faltaban las extremidades. ¿Quién construye un sumidero solo para taponarlo como ritual? Gómez Chávez sabía que el sumidero había sido bloqueado hacia las mismas fechas en que se construyó la cuarta versión del Templo de la Luna. ¿Y si se hizo a propósito? ¿Y si los moradores de la ciudad querían inundar la zona cada año? (Los teotihuacanos eran conocidos por su capacidad para desviar ríos, entre otros proyectos hidráulicos.) Fue durante una de esas excavaciones cuando, un portentoso jueves de octubre de 2003, el arqueólogo hizo su descubrimiento más impactante.

«Al llegar al trabajo, como cualquier otro día, me informaron de que había aparecido un gran agujero cerca del templo», recuerda Gómez Chávez. El investigador corrió hacia el lugar y comprobó que, en efecto, las lluvias de la noche anterior habían abierto un socavón perfectamente circular. No lo dudó un instante y le pidió a uno de los trabajadores que trajera una cuerda. Amarrado a ella, se las arregló para introducirse por el hueco mientras varios compañeros sujetaban desde arriba. El socavón era unos cincuenta centímetros más ancho que su espalda y se extendía unos quince metros. Se asemejaba en gran medida a un pozo, solo que, cuando Gómez Chávez llegó al fondo, vio que las piedras y los escombros de los lados estaban sueltos, como si se hubieran colocado para sellar un túnel horizontal que cruzaba en ambos sentidos. Por encima de ese relleno había un hueco por el que casi podía mirar. «No pude dormir durante una semana: no sabía qué había allí», recuerda.

Parecía que un túnel horizontal, perpendicular a la cavidad, había sido relleno hacía largo tiempo con piedras y desechos con el objetivo de sellarlo de manera definitiva. Un lado se dirigía hacia una entrada ceremonial trasera, oculta a la vista desde hacía tiempo. El otro iba mucho más allá: directo al corazón del Templo de la Serpiente Emplumada. El hoyo que había descubierto quizá sirviese para ventilar o iluminar el túnel o para observar las estrellas. Fue necesaria una década de trabajo para limpiar el corredor. Había sido obstruido hacia el siglo III, la época clave en la expansión de la ciudad. Con ayuda de un radar y un sónar, Gómez Chávez descubrió que desde el túnel se accedía a una serie de tres cámaras situadas bajo el centro de la pirámide, por lo que continuó excavando en esa dirección. Hoy casi ha terminado.

Hace algunos meses, Gómez Chávez me invitó a visitar el túnel. El investigador cree que la extensión al pie del Templo de la

Serpiente Emplumada era inundada a propósito todos los años. En el interior del túnel reina un frío atroz. El investigador señala que, cuando los teotihuacanos lo utilizaban, el nivel freático les llegaba a los pies, lo que tal vez explicase por qué lo construyeron justo a esa profundidad. Un espacio oscuro y fresco con agua en el suelo quizá fuese para ellos una alegoría del inframundo. En varios lugares pueden verse restos de la arcilla especial que usaban para forrar el túnel. Salpicada de piritita brillante, parece cuajada de estrellas centelleantes. «Esto ya no es un templo dedicado a Quetzalcoatl, sino uno para conmemorar el principio del tiempo mítico», apunta el investigador.

Tras extraer casi mil toneladas de residuos, Gómez Chávez y sus colaboradores han descubierto una serie de compartimentos sellados. Al abrirlos, han encontrado ofrendas cada vez más sofisticadas, como máscaras, armas e incluso esteras de caña, las cuales podrían haber sido empleadas a modo de tronos. «La concentración de materiales resulta impresionante. Es increíble todo lo que ha descubierto», reconoce Sugiyama. Ahora vacíos, los compartimentos parecen hoyos alineados en el suelo del túnel. Al caminar sobre tablones de madera hay que tener cuidado para no caer en uno de ellos.

En la primavera de 2013, sirviéndose de un robot autónomo, Gómez Chávez pudo ver qué había en dos de las tres grandes cámaras al final del corredor. Una contenía docenas de esferas de cuarzo; la otra, espejos de piritita. Nadie sabe lo que eran ni ha visto nunca nada parecido.

Gómez Chávez imagina el lugar como un elaborado espacio ritual donde los hombres abandonaban el mundo terrenal y emergían como reyes. Sugiyama, algo molesto por no haber descubierto él el túnel durante el curso de sus investigaciones, opina que no hay mejor candidata que esta cámara para una tumba real. Incluso Manzanilla admite que el descubrimiento de una tumba real revestiría suma importancia. Insiste en que no socavaría su teoría, aunque eso parece depender de lo que esconda su interior.

Mientras tanto, Manzanilla continúa trabajando en Xalla, su propia excavación. Se trata de un conjunto de cinco edificaciones situadas no lejos de la Pirámide del Sol y distribuidas en forma de diamante, casi como una flor de cuatro pétalos con un altar en el medio. La investigadora cree que correspondería al centro administrativo de la ciudad, donde cada una de las cuatro casas enviaba a los emisarios que se ocupaban de sus negocios.

En cualquier caso, ya sea Manzanilla quien demuestre su teoría de un gobierno repartido o Gómez Chávez quien halle a un rey todopoderoso al final del túnel, Teotihuacán nunca será la misma. Por fin, como barcos saliendo de la niebla, las vidas de sus gentes resurgen tras 1300 años de misterio para contar su historia.

PARA SABER MÁS

Teotihuacán. René Millon en *Scientific American*, junio de 1967.

Human sacrifice, militarism, and rulership: Materialization of state ideology at the feathered Serpent Pyramid, Teotihuacán. Saburo Sugiyama. Cambridge University Press, 2005.

Corporate life in apartment and barrio compounds at Teotihuacán, Central México. Linda R. Manzanilla en *Domestic life in prehispanic capitals: A study of specialization, hierarchy, and ethnicity*. Dirigido por Linda R. Manzanilla y Claude Chapdelaine. Museo de Antropología de la Universidad de Michigan, 2009.

EN NUESTRO ARCHIVO

Cámaras ocultas en la Pirámide del Sol. Rubén Alfaro, Linda Manzanilla, A. Menchaca Rocha y otros en *lyC*, septiembre de 2007.